

ven que formaba parte del anónimo montón de los inéditos...

Llegó el final de la obra... El autor estuvo sublime... El público silbó, una silva fenomenal, estentorea... Asesinaba el alma de un artista, mataba la naciente reputación de un sabio...

Nosotros aplaudimos frenéticos, dispuestos á aplaudir más fuerte en el período en el cual estábamos encargados de la crítica...

Se promovió un tumulto... De pronto, sonó un tiro en el escenario... El autor, en el grado máximo de su desesperación, se había disparado un pistoletazo á la cabeza...

* * *

Nosotros removimos todos los cimientos periodísticos, y todas nuestras relaciones profesionales, para que se inmortalizara la memoria de X***. Todos los periódicos hablaron de la obra del gran autor en artículos encomiásticos y lloraron la muerte del que pereció por la ignorancia de los analfabetos...

El hermoso drama se representó en todos los grandes teatros, dando al muerto el calificativo de sabio...

¡Pobre X***!... ¡Cuando vivo, el desprecio y el siseo; cuando muerto, la gloria y los aplausos!...

¡Cuántos hay como el desgraciado X***, á los cuales se mata, sino material, moralmente, á los cuales se inutiliza por envidia ó por *amistad*, á los cuales se asesinan cruel y bárbaramente sus ilusiones en flor!...

¡Desgraciados, pobres de los inéditos!...

FRITZ GLUCK.

Badalona.

EN EL CASINO

Fiesta de beneficencia y estreno de dos obras de los hermanos Fernández Portero.

AFECCIONES

COMEDIA EN 3 ACTOS

ACTO III

ESCENA III

ROSARIO Y ARACELI.

Rosar.—Oh! ¡Con qué pena lo dices, chiqui-

lla...! Ese muchacho parece sordo, ciego ó tonto!... ¿Me das permiso para encargarme de estos amores? Porque tú, le amas... ¿Verdad? No me contestas?... Habla, mujer, habla.

Arac.—Sí, verdad es; bien sabes que le amo...

Rosar.—Y él, también te ama!

Arac.—Psch.

Rosar.—Oh!... Ahora me sales con que no has notado su afección. Vamos, Araceli, vamos; te advierto que estás hablando con una mujer y no con un hombre. Los muchachos son muy torpes en cuestiones del corazón, lo sé; pero nosotras...! Equivocarnos, no notar que nos aman!... Si sólo, cuando lo piensan, ya lo sabemos como el Padre nuestro...

Arac.—No tengo ese instinto.

Rosar.—Eres demasiado lista para que yo crea en tan simil de evasiva...

Arac.—Haz lo que quieras...!

Rosar.—Pero tonta y más que tonta... ¿quieres engañarme? Si es eso, dílo...

Arac.—Tienes razón, Rosario. Soy una tonta, si no lo fuera no me pasaría... lo que me pasa....

Rosar.—Acaso es tuya la culpa...?

Arac.—¡Ni de Alejandro tampoco!

Rosar.—¿De quien entonces?

Arac.—¡De la fatalidad...!

Rosar.—¡Santo Dios! Es más grave que pensaba... Y yo que lo achacaba á un platonismo exagerado... ¡En mi vida hubiera supuesto que para definir vuestra situación, se necesitara recurrir á palabras tan fuertes como fatalidad, desgracia...! ...¡Quién lo dijera! ¿Qué ha podido suceder para llegar á semejante extremo, Araceli...? No he observado la más pequeña alteración ni en tí, ni en él.

Arac.—Si no ha pasado nada.

Rosar.—Ah! ¡Cuanto misterio!

Arac.—¿Ves esta flor, Rosario?... Pues es más feliz que yo, y... me da muchísimo corage...!

Rosar.—¡Ay, ay, ay...! ¡Consideraciones filosóficas sobre la felicidad de las flores!... ¡Malo, malo, Araceli! ...Tú, no eres la misma. Señor, lo que hace el haraposo Cupido! ...¡Parece inverosímil! Los cerebros más razonables, más bien equilibrados, se vician... ¡Pobre flor!... ¡Muerta por la envidia! ...¿No te dá pena, no te hace sufrir la vista de tu inocente víctima? ...¿El cadáver de una rosa?...

Arac.—Me complace verte de tan buen humor...

Rosar.—Es en compensación al tuyo, hija; si